

CARL
GUSTAV
JUNG

y las entidades colectivas



LUIS FERNANDO MACÍAS

La noción de entidad colectiva solo hasta ahora empieza a revelarse. Creeríamos que alguien define estos conceptos y que, a partir de allí, ellos empiezan a obrar, pero no es así. El devenir es en su esencia, independiente de si es visto o no. Descubrir lo que sucede es labor de la conciencia: traer de las sombras. Alguien se encuentra de pronto con fenómenos que venían ahí y trata de elaborar las nociones que los nombran. Aquellos emergen en las palabras como formas que de pronto son iluminadas. Tal vez nos ocurre que vivimos en la oscuridad de la caverna y una pequeña luz va alumbrando ante nuestros ojos el sendero.

Entidad colectiva es una noción que se desprende de la concepción junguiana de *arquetipo*. Etimológicamente, arquetipo significa impronta originaria. Imagen primordial. Joseph Campbell escribió:

Si se examinan sin prejuicio las tradiciones religiosas de la humanidad, no tardan en encontrarse ciertos motivos míticos comunes a todas ellas, si bien se entienden y desarrollan de diferente manera en las distintas tradiciones: me refiero, por ejemplo, a la idea de la vida tras la muerte, o a la existencia de espíritus, que pueden ser protectores o malévolos. El médico, viajero y destacado antropólogo del siglo XIX Adolf Bastian (1826-1905), para quien fue creada la cátedra de antropología de la Universidad de Berlín, llamó a esos temas y motivos recurrentes “ideas elementales”, *Elementargedanken*; e “ideas folklóricas” o “étnicas”, *Völkergedanken*, a las distintas maneras en que aparecen representados, interpretados y formando parte constitutiva de las artes y costumbres, mitologías y teologías de todos los pueblos del planeta” (Campbell, 2013: 13).

El doctor Jung escribió:

La vida se me ha aparecido siempre como una planta que vive de su rizoma. Su vida propia no es perceptible, se esconde en el rizoma. Lo que es visible sobre la tierra dura solo un verano. Luego se marchita. Es un fenómeno efímero. Si se medita el infinito devenir y perecer de la vida y de las culturas se recibe la impresión de la nada absoluta; pero yo no he perdido nunca el sentimiento de algo que vive y permanece bajo el eterno cambio. Lo que se ve es la flor, y esta perece. El rizoma permanece (Jung, 1996).

Podemos decir también que los arquetipos son elementos anímicos arcaicos que pueden inculcarse en el alma individual sin que procedan de la tradición. Con el término “anímico” se está designando algo que se produce en el paso de la nada al ser. Aquí el ánimo es el soplo que infunde vida. Para Jung los arquetipos son los contenidos de lo inconsciente colectivo que se manifiestan en el individuo. Valores universales que se realizan en cada uno.

En *Simbología del espíritu* dice: “La manifestación psíquica del espíritu demuestra que tiene una naturaleza arquetípica, es decir, que el fenómeno, que denominamos espíritu, se funda en la existencia de una imagen original, autónoma, que, en forma preconsciente, existe en

la disposición de la psique humana, de manera universal (Jung, 2012: 19).

Para Jung, lo inconsciente personal está constituido principalmente por contenidos olvidados o reprimidos, y lo inconsciente colectivo, fundamentalmente, por arquetipos. En su proceso de comprensión, tomó inicialmente la noción de *imagen primigenia* de su maestro J. Burckhardt. Con ella se refería a mitologemas que se plasman a través de la historia en innumerables formas, dan cuenta del modo de comprender y de estar en el mundo y perviven en el hombre, en sus sueños, visiones, fantasías.

El término “arquetipo” fue tomado de la tradición platónica, pero reelaborado como fundamento psicológico, indispensable para Jung, apropiado para describir los contenidos de la psique. Lo introdujo a partir de 1919 y lo presenta como disposiciones que organizan el material captado conscientemente. Cabe precisar que no son representaciones heredadas, sino posibilidades heredadas de representaciones. Sus discípulos entienden los arquetipos como improntas o huellas en el alma, que como posibilidades son universales, pero como realidades ocurren en el individuo. Son innumerables, pero a Jung le alcanzó el tiempo sobre todo para estudiar “la persona”, “la sombra”, “el *anima-animus*” y “el sí mismo”, que abarca la totalidad del ser: consciente e inconsciente, y se constituye en el centro de la personalidad, meta del proceso de individuación. Conviene también entender que se trata de un proceso dinámico, un devenir. Entre nosotros fue explicado sencillamente por Fernando González como “Ser siendo, entendiendo”.

Conviene agregar la siguiente precisión, tomada de *El hombre y sus símbolos*:

[...] son al mismo tiempo imágenes y emociones. Se puede hablar de un arquetipo solo cuando estos dos aspectos son simultáneos. Cuando meramente se tiene la imagen, entonces es solo una imagen oral de escasa importancia; pero, al estar cargada de emoción, la imagen gana numinosidad o energía psíquica, se hace dinámica y de ella han de salir consecuencias de alguna clase. Me doy cuenta de que es difícil captar este concepto, porque estoy tratando de emplear palabras

Los arquetipos son universales, esto es, se manifiestan en la constitución del ser de cada uno, de todos. Cada uno configura su persona, su sombra, su sí-mismo..., en tanto que las entidades colectivas encarnan en ciertos individuos, no en todos. Y lo hacen de un modo selectivo, como una corriente secreta de sentido que rige la existencia humana.

para describir algo cuya verdadera naturaleza lo hace incapaz de definición exacta; pero, puesto que hay mucha gente que se empeña en considerar los arquetipos como si fueran parte de un sistema mecánico que se puede aprender de memoria, es esencial insistir en que no son meros nombres ni aun conceptos filosóficos, son trozos de la vida misma, imágenes que están íntegramente unidas al individuo vivo por el puente de las emociones. Por eso resulta imposible dar una interpretación arbitraria o universal de ningún arquetipo. Hay que aplicarlo en la forma indicada por el conjunto vida-situación del individuo determinado a quien se refiere (Jung, 1976).

La idea de los arquetipos, como muchas de las nociones de Jung, nace de un sueño:

Estaba en un lugar que me recordaba los Alys camps junto a Arles. Allí se encuentra una avenida de sarcófagos que se remontan hasta la época de los merovingios. En el sueño salía yo de la ciudad y veía ante mí una avenida parecida, con una larga hilera de tumbas. Se trataba de pedestales cubiertos de losas, sobre los cuales estaban los muertos de cuerpo presente. Yacían vistiendo antiguos sepulcrales los caballeros en sus armaduras, pero con la diferencia de que los muertos de mi sueño no estaban esculpidos en piedra, sino momificados de un modo extraño. Me detuve ante la primera tumba y observé al muerto. Era un hombre de los años treinta del siglo XIX. Con interés contemplé sus vestiduras. De repente se movió y volvió a la vida. Separó sus manos y supe que ello sucedía solo porque yo lo estaba mirando. Con una sensación desagradable proseguí mi camino y llegué ante

otro muerto que pertenecía al siglo XVIII. Sucedió lo mismo: cuando lo miré, volvió a la vida y movió las manos. Así fui recorriendo toda la hilera hasta que llegué, por así decirlo, al siglo XII, a un cruzado en cota de mallas, que también yacía con las manos juntas. Su semblante parecía tallado en madera. Lo contemplé largamente, convencido de que estaba realmente muerto. Pero de pronto vi que un dedo de la mano izquierda comenzaba lentamente a moverse.

El sueño me preocupó durante mucho tiempo. Naturalmente había aceptado anteriormente la idea de Freud de que en el inconsciente se hallan reliquias de antiguas experiencias. Sueños como este y la auténtica vivencia del inconsciente me llevaron a la opinión de que estos restos no son, sin embargo, formas muertas, sino que forman parte de la psiquis viva. Mis posteriores investigaciones confirmaron esta hipótesis y en el transcurso de los años surgió de ella la teoría de los arquetipos (Jung, 1996).

Hasta aquí podríamos conformarnos con la noción de arquetipo que se desprende de lo expresado desde diversas procedencias. Para lo que sigue, es decir, para la configuración de una idea de entidad colectiva, conviene tener presente la última nota de Jung sobre la condición de que pertenecen a la psiquis viva, pues estamos frente a un fenómeno dinámico de naturaleza cambiante.

Existen también como fenómeno psíquico las entidades colectivas. No son arquetipos propiamente dichos, pero participan de esta naturaleza. Expresado de un modo sencillo, las entidades colectivas son de naturaleza arquetípica. Con esto estamos entendiendo que pertenecen al

repertorio del inconsciente colectivo y se manifiestan en individuos. Como el rizoma, subyacen y brotan de pronto, siguiendo leyes de carácter superior que todavía no podemos comprender, pero que, seguramente, algún día alcanzará la conciencia. Los arquetipos son universales, esto es, se manifiestan en la constitución del ser de cada uno, de todos. Cada uno configura su persona, su sombra, su sí-mismo..., en tanto que las entidades colectivas encarnan en ciertos individuos, no en todos. Y lo hacen de un modo selectivo, como una corriente secreta de sentido que rige la existencia humana.

De ciertas nociones de Jung fácilmente se desprende, por ejemplo, que en el sueño de un niño una deidad olvidada puede despertarse. Los dioses no mueren, solo se olvidan, se confinan en los remotos parajes del inconsciente colectivo, pero pueden revivir en cualquier momento y obrar en las vidas de los hombres y de los pueblos. Así, los dioses que un día fueron patronos ordenadores de la vida de ciertas comunidades, de pronto encarnan en individuos que, sin explicación aparente, se vuelven portadores de sus características y valores. Esta es una de las manifestaciones del fenómeno de las entidades colectivas. Gaspar es una muestra de ello: cada año una figura labrada en diversos materiales recorre los caminos del pesebre, es uno de los reyes magos que, según la leyenda, ofreció dádivas al divino niño de Belén; pero este no es el único Gaspar: existe también el Gaspar de la Nuit de Aloysius Bertrand; el Gaspar de la suite para piano de Rabel, basado en el de Bertrand, y el Gaspar de la noche de León de Greiff, autor de un libro de prosas. Comunes a todos ellos son los valores de la noche, del ser errante, de la relación con el misterio: el término viene del árabe Gizbar, que significa guardián del tesoro. Resumiendo, podríamos decir que existe una entidad, Gaspar, que se manifiesta en diversos individuos, nacidos en épocas diferentes y, en ellos, entraña ciertos valores.

Semejante a la entidad de Gaspar, podríamos vislumbrar la entidad de Hermes. El propósito de esta nota es aludir al hecho de que Carl Gustav Jung, de un modo que sería grato comprender, fue manifestación de Hermes, el alado mensajero de los dioses griegos.

Cuenta el anciano doctor Jung en su libro de memorias que a muy temprana edad tuvo el siguiente sueño:

Tenía entonces tres o cuatro años. La casa parroquial se erguía solitaria cerca del castillo de Laufen. Detrás de la finca de Mesmer se extendía un amplio prado. En sueños penetré en este prado. Allí descubrí de pronto, en el suelo, un oscuro hoyo tapiado, rectangular; nunca lo había visto antes. Por curiosidad me acerqué y miré en su interior. Vi una escalera de piedra que conducía a las profundidades; titubeante y asustado, descendí. Abajo había una puerta con arcada románica, cerrada por una cortina verde. La cortina era alta y pesada, como de tejido de malla o de brocado, y me llamó la atención su muy lujoso aspecto. Curioso por saber lo que se ocultaba detrás de ella, la aparté a un lado y vi una habitación rectangular de unos diez metros de largo, débilmente iluminada. El techo, abovedado, era de piedra, y también el suelo estaba enlosado. En el centro había una alfombra roja que iba desde la entrada hasta un estrado bajo. Sobre este había un dorado sitial. No estoy seguro, pero quizás había encima un almohadón rojo. El sillón era suntuoso, ¡como en los cuentos, un auténtico trono real! Más arriba había algo, era una gigantesca figura que casi llegaba al techo. En un principio creí que se trataba de un tronco de árbol. El diámetro medía cincuenta o sesenta centímetros y la altura era de cuatro o cinco metros. La figura era de rasgos extraños: de piel y carne, llena de vida, y como remate, tenía una especie de cabeza, de forma cónica, sin rostro y sin cabellos; en la cúspide había un solo ojo que miraba hacia arriba.

El aire de la habitación, pese a que no había luz ni ventanas, era diáfano, y allí, en lo alto, reinaba bastante claridad. La figura no se movía; no obstante, yo tenía la sensación de que a cada instante podía descender de su tronco en forma de gusano y venir hacia mí, arrastrándose. Quedé como paralizado por el miedo. En un momento tan apurado oí la voz de mi madre, como si viniera de fuera y de lo alto, que gritaba: "Sí, mírale. ¡Es el ogro!". Sentí un miedo enorme y me desperté bañado en sudor (Jung, 1996)

Acaso ahora podamos afirmar que en Carl Gustav Jung se manifestó entonces la entidad colectiva de Hermes, el mensajero de los dioses, el antiguo Tot de los egipcios, portador de los misterios de la sanación y del secreto.

Quien vivió el sueño fue el niño Carl Gustav; quien lo relata, es el anciano doctor Jung, ochenta y un años después. El relato se acompaña de su propia interpretación y del reconocimiento de que la figura del sueño era un enorme falo ritual. Confiesa el doctor Jung que, aunque siempre recordó este sueño, solo se atrevió a hablarle de él a alguien, precisamente su esposa, Emma Rauschenbach, cuando ya tenía más de sesenta años, pero que no obstante siempre lo tuvo presente y este sueño obró en su existencia, no solo desde el recuerdo, sino desde las formaciones de lo inconsciente.

Si se observa con cuidado, lo más significativo es el hecho de que se trata del sueño de un niño; a este sueño del falo ritual se hace obligatorio relacionarlo con Príapo, el hijo de Hermes. Es cierto que innumerables culturas antiguas profesaban ritos de adoración al falo erecto, como símbolo de la fertilidad y como celebración de la continuidad de la vida. ¿Por qué un niño de tres años, sin ninguna experiencia previa que lo justifique, sueña con un falo ritual?

Para avanzar en el sentido de hallar respuesta a esta pregunta, consideremos la siguiente definición de “dragón alado”, ese ser mitológico que puebla la imaginación de los hombres desde tiempos muy remotos, ese otro símbolo:

Ruland (*Lex. Alch.* s.v. *draco*), confirma que el dragón alado es una variante de Mercurio, siendo que este último no es sino el mismo Hermes alado que se manifiesta en la materia. Según la simbología alquímica, Hermes alado, tributario del dragón alado y posterior a este, encarna el principio creador del mundo. En el *Codex Marcianus* (fol. 188 v.), procedente de Venecia, confeccionado entre los siglos x u xi, el dragón alado aparece como ouroboros, es decir, el que se devora su propia cola, y al pie de aquella imagen se consigna la leyenda *εν το παν, hen το παν* (“todo es uno” o lo uno, el todo). Este ícono expresa y resume paradigmáticamente la significación global del *opus alchemicum* en tanto la obra química consiste en aquella operación que hace surgir una cosa para regresar nuevamente a lo uno, en el sentido de un circuito que retorna sobre sí mismo. De ahí que el opus sea llamado, en ocasiones, *circularis, rota* (rueda). Según los bestiarios medievales, el dragón habita la región de la India y Etiopía, y le teme al árbol del *peridexion*, de cuya sombra se mantiene a una prudencial distancia, pues puede causarle graves heridas (Hoffmann, 2006: 8-10).

Consideremos esta definición al lado del relato del sueño del falo ritual y de la siguiente coincidencia:

Cuando Jung, entre fines de 1915 y comienzos de 1916, escribe *Septem sermones ad mortuos* por Basílides de Alejandría —que expresan la situación mental del período de silencio en que lo sumergió su alejamiento de Freud, una enseñanza, además, de naturaleza esotérica, que autorizó a que se publicara solo después de su muerte—, no solo se presentaba como un autor que escribía sobre los gnósticos, sino que asimismo era vehículo de experiencias y de revelaciones gnósticas. En estos casos el símbolo que espontáneamente se le impuso para ilustrar su transformación personal mediante un dibujo fue la representación de la divinidad demiúrgica Abraxas, dios contradictorio del bien y del mal, que anuncia la posibilidad del renacimiento del joven luminoso Fanes desde el Huevo del Mundo alado que

se abre. Sin mencionarlo, Herman Hesse utilizará y difundirá la figura de Abraxas en su *Demian*, escrito en Berna entre 1916 y 1917, en una época en que había sido asistido en Lucerna por el doctor J. B. Lang, alumno de Jung (Jung, 2005: xii).

Acaso ahora podamos afirmar que en Carl Gustav Jung se manifestó entonces la entidad colectiva de Hermes, el mensajero de los dioses, el antiguo Tot de los egipcios, portador de los misterios de la sanación y del secreto (“Toda mi juventud puede compendiarse bajo el concepto del secreto. A causa de ello me refugié en una soledad casi insoportable y hoy veo aquello como una gran obra, y también como tal el que yo resistiera a la tentación de hablar de ella con alguien. Se configuró ya entonces mi relación con el mundo tal como hoy es: también hoy estoy solo porque sé cosas y debo señalar que los demás no las saben y que, en su mayoría, tampoco quieren en absoluto saberlas”. Jung, 1996). Este hecho sencillo explica por qué en el campo de sus preocupaciones Jung realizó un estudio minucioso de la alquimia y, en general, de los símbolos, hasta trazar un puente entre la antigüedad remota, su presente y el futuro lejano, cuyo sentido remite a la comprensión de la existencia como un proceso por medio del cual el hombre proviene de una reunión de opuestos complementarios y vive para conjuntar esos opuestos en sí mismo, parábola que denominó proceso de individuación, mecanismo por el cual el hombre vive para ser lo que es. Sí mismo, la totalidad de lo consciente y lo inconsciente que somos.

Y este hecho, el de la revivificación de Hermes, explica también por qué de la obra de Jung se desprenden innumerables sistemas curativos y de sanación que abarcan desde procedimientos sencillos, como la costumbre hoy generalizada de dibujar mándalas, hasta formas complejas o arcaicas de la sanación, como los rituales mágicos.

Diríamos que el principio de sanación es inherente a la existencia, lo mismo que el principio de la enfermedad al que se opone, y que despertarlo desde las profundidades de lo inconsciente requiere de un procedimiento de orden mítico

en el que un dios universal obra en el individuo para devolverlo al cauce de la realización de su existencia.

Cualquiera pensaría que el dragón tallado en el mango de plata de su bastón no era más que un simple adorno. Un dragón que, alrededor del bastón, persigue la flor que lleva, en el centro de la cual se esconde una preciosa joya. La persigue sin alcanzarla nunca porque la lleva en su propia cola. Esta vez entre la joya y la flor que la contiene brilló la luz de un significado, el de las entidades colectivas. ■

Luis Fernando Macías (Colombia)

Profesor de la Universidad de Antioquia, narrador y ensayista. Fue director de la *Revista Universidad de Antioquia* entre 1997 y 1998, y director de la Editorial de la misma universidad. Actualmente dirige la Colección Palabras Rodantes de Comfama y el Metro. Entre sus publicaciones, se encuentran: *Ganzúa* (1989), *La línea del tiempo* (1997), *Cantar del retorno* (2003), *Glosario de referencias léxicas y culturales en la obra de León de Greiff* (2007), *El jardín del origen* (2009) y *El libro de las paradojas* (2014).

Referencias

- Campbell, Joseph (2013). *Las extensiones interiores del espacio exterior*. Barcelona: Atalanta.
- Hoffmann, Jürgen (2006). *Jung, diccionario de alquimia y hermetica*. Julio Ferrarás (trad.). Buenos Aires: Quadrata.
- Jung, Carl Gustav (1976). *El hombre y sus símbolos*. Barcelona: Luis de Caralt Editor.
- (1996). *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Aniela Jaffé (ed.). Barcelona: Seix Barral.
- (2005). *Psicología y alquimia*. Obra completa. Volumen 12. Francisco García Bazán y Bernardo Nante (introd.). Madrid: Trotta.
- (2012). *Simbología del espíritu. Estudios sobre fenomenología psíquica*. México: Fondo de Cultura Económica.